



Uno de los paisajes interiores más bellos y profundos de María nos lo ofrece su corazón contemplativo. Esta dimensión orante de la Virgen es la que explica la riqueza de su corazón y de sus palabras. María es la perfecta orante. Un ejemplo precioso podemos descubrirlo en el Magníficat.

El Catecismo de la Iglesia Católica presenta así de modo sintético el Magníficat reconociendo en él no sólo la voz del corazón contemplativo de María, sino también el cántico que hace suyo la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios:

El cántico de María (cf Lc 1, 46-55) es a la vez el cántico de la Madre de Dios y el de la Iglesia, cántico de la Hija de Sión y del nuevo Pueblo de Dios, cántico de acción de gracias por la plenitud de gracias derramadas en la Economía de la salvación, cántico de los “pobres” cuya esperanza ha sido colmada con el cumplimiento de las promesas hechas a nuestros padres “en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. (C.I.C. 2619)

En María se hace verdad el proverbio evangélico: “De la abundancia del corazón habla la boca”. Su corazón contemplativo era un fruto de la soledad que ella cultivaba y que Dios habitaba y fecundaba. En ese sagrario de su persona, donde ella se encontraba sola con Dios, sola ante Dios, sola para Dios, veía de modo más claro y certero la acción del Señor, a las personas que intervenían en su existencia, las situaciones que debía afrontar, las decisiones que tomaba. Y en el tesoro de su corazón comprende mejor por dónde la lleva Dios. Y de ese mismo tesoro ella extrae las diversas notas de este canto, síntesis de lo mejor de la religiosidad del pueblo judío.

El centro de su contemplación es Dios, el Dios del Antiguo Testamento. Todo lo mira e intenta comprenderlo a la luz del amor de Dios. Y lo que no comprende no la inquieta. Sabe, como nos enseña san Agustín, que lo que no entendemos de la Sagrada Escritura sencillamente encierra amor de Dios.

El corazón contemplativo de María apunta a *la persona misma de Dios*. Lo descubre en la vida de Israel como Señor y Salvador (Lc 1, 46-47), el Poderoso (v. 49). Y encuentra en estos nombres de Dios una clave segura para ir descubriendo

el rostro misterioso e inagotable del Creador de cielos y tierra.

Apunta también a *las palabras de Dios*. Allí resuenan en su mente las distintas páginas del Antiguo Testamento y de modo particular algunas que aparecen en su cántico de alabanza: “ha puesto los ojos en la humildad de su esclava” (cf 1 S 2, 1), “su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen” (Sl 103, 17), “acogió a Israel su siervo” (cf Is 41, 8-9).

Y contempla asimismo *las acciones de Dios*. Cada página del Antiguo Testamento, escuchada en la sinagoga y meditada en su corazón, contiene un rico legado del Señor de la vida y de la historia. El Magníficat nos manifiesta que María conoce la elección del pueblo en Abrahán, las páginas sobresalientes de la historia de su pueblo protegido por el Señor, las profecías de Isaías y de Daniel, la riqueza espiritual encerrada en los Salmos y en otros libros sapienciales. De entre todo este arsenal espiritual María destaca en este cántico sobre todo dos acciones del Señor: Dios derriba a los soberbios y enaltece a los humildes (v. 52, cf Jb 12, 19), el Señor elige y favorece de modo especial a Israel desde su orden a Abrahán (vv. 54-55, cf Gn 12, 3).

Jean Guitton comenta así el Magníficat y encuentra en él una ley interior de la historia universal que haremos bien en reconocer e interiorizar:

La Virgen (...) bosqueja en su *Cántico* una historia universal. Si la palabra no fuera demasiado grave, habría que decir que nos da, de un golpe, su filosofía de la historia. Es la historia de Dios en el mundo, pero es también su historia en Dios. Tiene el sentimiento de esa corriente que parte de Abrahán; que fluye, no se sabe de dónde, eterna. Conoce su ley secreta y simple, tal como pueden entenderla los más pequeños y comprobarla en cada época, y que está contenida en esta fórmula: Dios humilla a los poderosos y ensalza a los humildes. Esta ley interior de la historia universal es bien diferente de la ley exterior, la que describimos en nuestros libros, en los que se ve a las potencias crecer y no sucumbir sino para sucederse. Sin embargo, es la ley de verdad y el verdadero reverso, el envés del tejido de la historia. Es la ley que Jesús proclamará no en una fórmula, sino en las siete bienaventuranzas, desarrollando un pensamiento escondido en el seno de su madre y que le inspiró. (GUITTON J., *La Virgen María*, Madrid 1952, pp. 111 - 112).

Esta contemplación de Dios *suscita unos afectos* en el corazón de María. En primer lugar *la admiración* por las obras del Señor. Todo el cántico es una manifestación sentida de esta sincera admiración del corazón de María. Y es un afecto que lleva tan a pecho, que en esa ocasión sale al exterior en los distintos versículos de este cántico. Es la admiración de una criatura sencilla, humilde, que reconoce la grandeza del poder de Dios manifestado en la historia de Israel y en su acción divina.

También resalta otro afecto importante: *la alabanza*. Un corazón contemplativo alaba la sabiduría y la bondad del amor de Dios. El primer verbo del cántico es una

formulación decidida de la voluntad de alabanza del corazón de María al constatar una vez más la sabiduría de las obras del Señor en los labios de su prima Isabel. En efecto, sin comentárselo antes María, ya sabe Isabel que se halla ante “la madre de su Señor” (Lc 1, 43). Y todo el cántico está permeado de acciones que, mencionadas en este contexto, son todas alabanzas de María al Dios que se ha dignado elegirla para la misión que acaba de proponerle.

El corazón contemplativo de María manifiesta otro aspecto de su alma al contacto con la palabra y la acción de Dios: *la asimilación*. María ha asimilado en su meditación de la Sagrada Escritura las actitudes espirituales, las preferencias y los métodos del Señor. Destaca, sobre todo, la fidelidad de Dios, su relación de Dios con el soberbio y con el humilde y la elección de Israel. Y en esta línea procura vivir y actuar según estos criterios divinos ella, la humilde esclava del Señor.

Un ulterior aspecto que resalta en el corazón contemplativo de María en este pasaje tiene que ver con una dimensión práctica de la contemplación: *la difusión* de este mensaje, la difusión de las obras de Dios en la historia sagrada de su pueblo. Se trata de una difusión convencida, serena, oportuna. Y de emplear las palabras, el testimonio y, cuando sea conveniente, también el apoyo y el consejo.

Por ello, en una circunstancia como es este saludo entre las dos primas, María no tiene reparo en manifestar algo de la riqueza que ella vive como don especial del Señor a su alma. E Isabel reconocerá sin envidia y con alegría desde ahora más la hondura de alma de su prima, elegida para ser “la madre de su Señor” (Lc 1, 43).

Este corazón contemplativo es inimaginable en María sin una estima y un cultivo del silencio interior y exterior. Las pocas palabras que pronuncia en los evangelios y las actitudes que refleja en los distintos pasajes nos dan una idea del ambiente interior de profundidad espiritual en que se desarrollaba su existencia. Gracias a esto le es tan fácil escuchar a Dios, contemplar sus obras en la historia y en la vida de las personas, conservar en el corazón las acciones de Dios, obrar con sencillez y pureza de intención, y hablar de un modo tan centrado y tan rico cuando ve que es lo que corresponde.

María vivía a fondo las recomendaciones que, sobre el silencio, haría muchos siglos después la beata Madre Teresa cuando escribía:

Me gusta insistir en la recomendación del silencio.

El silencio de la lengua nos enseñará a hablar con Dios.

El silencio de los ojos nos enseñará a ver a Dios.

Nuestros ojos son como dos ventanas por las cuales puede entrar o Cristo o el mundo.

A veces necesitamos coraje para mantenerlos cerrados.

Mantengamos el silencio del corazón.

Como la Virgen, que todo lo conservaba en su corazón. (MANGLANO J.P. – DE CASTRO P., Orar con Teresa de Calcuta, Desclée de Brower, Bilbao 2004, 4ª, pp.

129-130).

De este pasaje el corazón contemplativo de María sale más resuelto para aceptar su misión, esa parte de la acción de Dios en la historia que el Señor le ha propuesto y en la que ella debe intervenir como humilde esclava. Y este pasaje no la vuelve vanidosa, sino le sirve para revestirse de una humildad más profunda que se manifiesta en el servicio amoroso y prolongado a su prima. Y es que la humildad abre el corazón a Dios para que él penetre en el alma y la vida de las personas. Él llama, la humildad abre la puerta del corazón y Dios obra sus maravillas.

Una reflexión práctica final. Contemplando este rayo del corazón de María puede venirnos la fácil y equivocada idea de que María alcanzó un alto nivel de contemplación y unión con Dios por ser Madre de Jesús. Y podemos -inducidos por la comodidad y por una falsa humildad- aceptar tranquilamente ese error.

Para refutarlo nos ayuda el siguiente texto de san Juan de la Cruz. Su mensaje central es que Dios quiere elevar a muchas almas a los más altos grados de contemplación, pero pocas se prestan a la difícil tarea de purificación que se exige:

Y aquí nos conviene notar la causa por que hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión con Dios... No es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra; que, como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación... y así no va ya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran...(S. JUAN DE LA CRUZ, Llama de amor viva, 2, 27).

[Facebook](#)

[Twitter](#)

* Para mayor información, visita nuestra Sección de [Virtudes y Valores](#)

* Comparte con nosotros tu opinión y participa en nuestros [foros de discusión de Catholic.net](#)